

REFLEXIONES ACTUALES SOBRE EL MINISTERIO ORDENADO EN LA IGLESIA

Francisco García Martínez

Durante las últimas décadas hemos hablado de la secularización. Ahora vivimos en ella y lo que eran reflexiones teóricas aparecen como espacios de vida concreta. Si antes sabíamos cuál era nuestro puesto y a qué éramos llamados, hoy vivimos a medio camino entre definiciones eclesiales no siempre en sintonía con nuestra vida concreta, las peticiones de una sociedad irreligiosa que quiere ritos arrancados del Cristo que nos mueve, e intuiciones y pasos a tientas que no nos atrevemos a pensar demasiado. Casi todas las encuestas, también las que criticamos, nos definen como hombres contentos en nuestra vocación y, sin embargo, casi todos nuestros encuentros y reuniones están llenos de lamentos.

Proponemos aquí algunas reflexiones sobre nuestro ministerio para provocar el diálogo con nuestro corazón, con la presencia vocante de Dios y con los compañeros de misión. Quieren sacar a la luz algunas situaciones y retos internos y personales por una parte, y comunitarios y pastorales por otra, que deben redefinir nuestra identidad. Ojalá que el Señor nos haga leer entrelíneas lo que sólo Él sabe que necesitamos pensar, compartir, aceptar y actuar. (*Ni que decir tiene que no pretendemos reflexionar sobre todos los elementos de una teología del ministerio ordenado*).

1. EL MINISTERIO EN ENTREDICHO: Ni dogmas ni maestros, ni ley ni institución.

- *Ni dogmas ni maestros*. Maestros, padres, personas mayores, estudiosos... y también los curas, hoy parecen haber quedado sin prestigio más allá del afecto personal que se tenga por ellos en una relación concreta. Su rol social parece haberse quebrado. Su función de transmisores de la sabiduría ha ido poco a poco resquebrajándose en nuestra cultura a medida que el hombre avanzaba en su “mayoría de edad” (Kant). ¿Quién dice que la verdad está ya dada, que sólo hay que recibirla, que no la tengo yo en mi interior?, pregunta escéptico el hombre (el adolescente y hasta el niño) posmoderno.

Uno de los dogmas fundamentales de nuestra cultura es que ya no hay dogmas o verdades previas y, por tanto, tampoco maestros de quien aprenderlas. No es sólo un rechazo de la verdad que se habría impuesto autoritariamente, sino la afirmación de que nadie tiene una verdad que nos defina de antemano. No hay más dogma que las afirmaciones de la ciencia e, incluso éstas, se utilizan de forma subjetiva cuando no abiertamente manipulada para defender la *opinión*. Ésta es la cuestión, la opinión (ni siquiera la verdad buscada y hallada afanosamente) convertida en verdad al margen de cómo sea lo real realmente. Con la Modernidad la verdad pasó al futuro por alcanzar, con la Posmodernidad la verdad quedó reducida a opinión. ¿Qué puede pintar un cura que afirma que, antes de que decidamos nada, nuestra verdad está definida por Dios y que se acoge cuando nos realizamos desde Cristo? ¿Por qué hay que creer esto? dirá sin decir el hombre de hoy.

El camino parece ser pasar de maestros a mistagogos, de afirmadores de verdades verdaderas a guías hacia verdades que, constituyéndonos, cada uno debe encontrar por sí mismo. El cura ya no le sirve a nuestra sociedad como oráculo dogmático, aunque tenga razón, esto le repele. ¿Podríamos dejar de ser maestros y, a la vez, testimoniar que el hombre no puede prescindir del Maestro (Mt 23, 8)? ¿Cómo hacerlo? ¿Podríamos hablar de Dios caminando hacia Él y no como si estuviéramos ya en su cielo de verdades y presencias? ¿Cómo?

- *Ni ley ni institución.* Por otra parte, el hombre que tenemos delante -también en nuestro interior- no es un hombre de pertenencias fuertes (aunque las necesite, como demuestran por contraste los fanatismos identitarios ya sean religiosos, deportivos, étnicos... que nos rodean). El católico ha dejado de ser institucionalmente católico en gran parte. El sujeto actual no se encuentra cómodo en una sociedad ya hecha (parece necesitar espacios sin determinaciones para vivir) y no siente la menor inquietud por formar parte en una sociedad en construcción (no quiere responsabilidades). Esto vale para la dimensión política, social y religiosa. Pero nosotros ofrecemos el Evangelio a la vez que invitamos a participar en una comunidad con sus normas y sus ritos predefinidos. No hay posibilidad de separar ambos datos. En este sentido, el presbítero es identificado socialmente con la institución, es la imagen del espacio santo y ambiguo que es la Iglesia y que Dios ofrece para ser cristianos. En este espacio fronterizo entre un mundo que no gusta de lo institucional y una Iglesia a la que representamos no siempre nos sentimos cómodos.

Este rechazo a lo institucional refleja habitualmente miedo a estar predefinido y, por tanto, obligado por una verdad, un compromiso, una responsabilidad, incluso si la hemos elegido nosotros mismos. El presbítero, llamado a configurar la comunidad cristiana, se siente en muchas ocasiones cabeza de un cuerpo desmembrado, sin espíritu común. ¿Por qué he de formar parte de esa institución para ser cristiano? dirá sin decir el hombre de hoy.

¿Sabremos aprender a configurar redes de relaciones arraigadas en la vinculación que crea el vínculo con un Cristo que nos quiere reconciliados y en comunión? El reto parece ser configurar una Iglesia desde abajo donde las primeras relaciones no sean definidas sólo en términos jurídico-sacramentales¹, sino por el arraigo común a Cristo que nos llama a sí.

Esta situación social debe ayudarnos a descubrir dimensiones valoradas hoy y poco trabajadas y vividas en nuestra reciente historia cristiana y en nuestra vivencia ministerial (libertad y decisión personal, conciencia...) sin perder aquellas que se ponen en cuestión (responsabilidad, comunitariedad...).

Miramos el cuerpo eucarístico de nuestra Iglesia cuando lo presidimos y vemos que no se renueva ni siquiera con el trabajo de toda una vida, ni siquiera con los que nos estiman y quizá el corazón nos diga: *he cansado mi vida en vano, he gastado mis fuerzas para nada* (Is 49, 4). Somos puestos en entredicho por nosotros mismos, sin embargo, no sería bueno que dejáramos refugiar nuestro corazón en la fortaleza de los justos atacados por los malvados, porque ni la situación es sólo fruto del pecado, ni éste está sólo en el *extra nos* eclesial. Aquí y ahora vuelve a hablar el Señor: *Escucha y di a tu corazón: Yo soy valioso para el Señor (...)* *No sólo eres mi siervo para restablecer la Iglesia y acompañar a los supervivientes, sino que te convierto en luz de las naciones* (Is 49, 5-6). ¿Seremos capaces de oír estas palabras?

¹ Queda dicho esto porque uno de las ambigüedades de este rechazo de lo institucional es el apego a los ritos sacramentales que cada vez más son exigidos y vividos “sin espíritu ni verdad” cristiana por los que quieren una institución que, sin embargo, no aceptan.

2. EL MINISTERIO RECREADO: *Levántate y come.*

La anterior cita nos pone en la pista a seguir. Dios sigue necesitando voceros, guías, vigías,... curas. Ahora bien, si la Iglesia debe atravesar un éxodo, nosotros, los presbíteros, habremos de aprender a ser caminantes confiados hacia una tierra nueva que no conocemos, y no fieles a las cebollas de un tiempo que ya no existe; si la Iglesia debe reconstruirse, nosotros habremos de aprender y ensayar la renovación pastoral al menos con tanta preocupación y solicitud como ponemos en la renovación de los templos, si la iglesia debe caminar hacia una pequeñez significativa, nosotros deberemos aprender de Cristo a dar el alimento que nos sostenga en el camino hacia una Jerusalén que no nos reconoce.

Si queremos ser fieles tendremos que recrear nuestra vida por más que tengamos mucha vida hecha o muy hecha nuestra vida. Y esto es lo que quiere Dios, aquella fidelidad que no se conforma con enterrar lo recibido y conservarlo intacto, sino... (Mt 25, 14-30). Volvamos la mirada a algunos relatos en los que Dios nos invita a renovar la confianza en nuestra vocación.

a) En 1Re 19, 1-8, Elías vuelve de su mayor logro y de su estrepitoso fracaso. Ha vencido a los profetas de los *ba'ales* y ha sido vencido por la política que los defendía. Su verdad, en la que se alzó orgulloso frente al mundo, no le ha servido al parecer de nada y camina vencido interiormente. Camina con miedo, sin el poder que creía poseer para hacer presente la verdad y la fuerza de Dios. Se tumba y se queda dormido, y por dos veces se le dice: *levanta y come*. La segunda vez se añade: *que queda un largo camino*. El trecho se hace duro y, como los discípulos en Getsemaní en la hora de la impotencia y la irrelevancia se quedan dormidos. Como si quisieran morir en lo que ya ha hecho y ahora pierde futuro. ¿No define esto algo de nuestra situación? Sentados en lo de siempre y dormidos. Se ha hecho mucho, cómo no recordar la euforia de los años 50 y la Acción Católica, de los años 60 y el Concilio, de los años 70 y los nuevos grupos sociales, los 80 y la nueva y floreciente catequesis... y ahora... ¿no volvemos cabizbajos y un poco vencidos como Elías ante el poder del paganismo? Nos toca caminar hasta que el silencio nos hable y nos diga que Dios es también Dios cuando le tapa la boca en el mundo, y que también en esta situación se entrega al hombre para alentarle, consolarlo, amarlo... y que lo hace aunque nosotros, sus brazos (pueblo y dirigentes) seamos cortos y torpes para expresarlo.

- *¿También vosotros queréis dejarme? ¿Qué hacéis dormidos?*

- *Señor, volvamos a Galilea.*

- *Tomad y comed, esto es mi cuerpo para la vida del mundo. Y salieron cantando los salmos de la pascua.*

Tendremos que cantar los salmos de la Pascua (muerte y resurrección) para consolar, para provocar, para denunciar, para ofrecer la Vida que nos da vida, pero esta vez sabiendo que el canto solo será de victoria al final y para todos.

- *Ay de mí si no evangelizara.*

b) Si parece claro que Dios no desespera del mundo, ni retira su llamada de nuestra vida, ¿qué decir de la mirada de los hombres de nuestro tiempo sobre nosotros y nuestro ministerio? Lo primero que habrá que decir, siguiendo el relato anterior, es que la oscuridad interna de Elías no le permite percibir la fidelidad de muchos que le necesitan, le esperan y podrían ser aliento para él (1Re 19, 18).

Los primeros que nos indican nuestro valor son los fieles cotidianos, las gentes sencillas que conservan su fe y que de continuo buscan una Eucaristía acogedora y vivificadora, que anhelan palabras de consuelo, aliento y esperanza, y que incluso soportan

tantas de nuestras manías porque creen firmemente que somos un signo de Dios para ellas. Muchos de ellos están desconcertados por nuestra sociedad, y debemos aprender (hay que aprender, no tenemos ciencia infusa) a confortarlos, orientarlos, acompañarlos, con humildad y con hondura.

Pero quisiera centrarme en tres grupos que parecen mirarnos con sospecha, recelo o desprecio, y que, sin embargo, pienso que nos buscan y quizá nos necesiten verdaderamente, aunque lo afirmen en forma paradójica.

- Los primeros estarían representados por *Nicodemo*. Serían personas religiosas, que sienten una admiración por Jesucristo, incluso que tienen cierta relación íntima (y secreta) con él, y que están alejados de los demás discípulos -de la Iglesia- por vergüenza, miedo... a la mirada de los demás. Estos se acercan escondidos entre la multitud de un entierro escuchando de manera especial, en una conversación que parecería intranscendente con preguntas generales, entre los padres de los niños de catequesis... El pasaje nos muestra la paciencia de Jesús. No pide enseguida seguimiento, compromiso, testimonio. Jesús se deja llevar por la preocupación de Nicodemo y le conduce hasta el fondo que buscan sus mismas palabras. Ya habrá tiempo de salir de la noche. Y es precisamente éste el que en medio de la noche de la deserción amanece como discípulo valiente (Jn 19, 38-40). La semilla enterrada brota en su momento (atención, no se trata del acostumbrado “algo quedará” que no se preocupa de si lo hecho es lo que se necesitaba). Este grupo está solicitando un ministerio atento, lúcido, a la altura de las preguntas de quien busca con las inquietudes que le provoca su propia hondura y las dificultades del entorno, a la vez que un ministerio que tenga paciencia y comprensión con los tiempos personales y no derive rápidamente en la petición de servicios que necesita cubrir pastoralmente.

- Otro grupo de gente serían los representados por la *Samaritana* (Jn 4, 4-26). Hacen la vida normal (cada día buscan el agua necesaria para vivir), pero están de vuelta del amor. Muchos de nuestros contemporáneos están así, de vuelta de cualquier tipo de amor y compromiso. Se entregaron en su juventud a proyectos de muchos tipos (de pareja, sociales, religiosos...) y no han sido capaces de vivirlos, por lo que sea, integrando sus debilidades, sus fracasos o su ambigüedad. La samaritana abre la conversación con Jesús con un cierto disgusto, sorpresa, desconfianza, escepticismo, y Jesús la continúa pidiendo agua. Confía en que también ella puede darle algo de beber que no sea vinagre. Nosotros, los curas, de la mano de Jesús, deberemos aprender a confiar, a esperar, a suscitar, a pedir vida a los que ya no saben si pueden darla o recibirla, porque se apuntaron al “no hay más cera que la que arde”. En una sociedad donde los proyectos personales se miden casi por sus fracasos, el hombre necesita encontrarse con aquella confianza radical de Dios en cada persona. Esto es lo que parecen pedir estas personas al ministerio. También si estamos solos, si nos sentimos rechazados, si parece no haber esperanza debemos seguir pidiendo agua a los hombres como Cristo en la cruz (Jn 19, 28-29). Quizá alguno reaccione a un amor que no deja de confiar en vez de criticar y condenar por los fracasos y pecados. Habremos de aprender a tratar con los que esperan sin saberlo o negándolo, en conversaciones largas (22 versículos) hasta que Jesús pueda decir *soy yo el que está contigo* (v.26) a través nuestro, y encuentren un amor radical en el que fundar sus vidas.

- Por último, nos detenemos en *Pilato*. ¿También él nos espera, nos necesita? Se trata de los que nos juzgan sin piedad y los que juzgan a Cristo y a su Iglesia con desprecio o por intereses bastardos. Creo que también ellos nos necesitan, como Herodes necesitaba a Juan Bautista aunque desaprovechara la oportunidad (y eso que le admiraba). Pero, sobre todo, como Pilato necesitaba a Jesús para contemplar un hombre donde se muestra la verdad de lo humano (Jn 19, 5), más allá de los poderes de este mundo (Jn 19, 10-11). El

cura no es sólo profeta que debe convencer a toda costa, sino testigo que se deja contradecir e incluso marginar (Mt 5, 38) sabiendo que su misión es presentar el cuerpo entregado de Cristo más allá de eficacias inmediatas. Estos hombres, que se proponen como enemigos son el lugar donde estamos llamados a dar el testimonio pleno del amor de Dios por el mundo como hizo Cristo. Ellos nos necesitan como Pablo necesitó a Ananías para culminar su conversión (Hch 9, 10-19). Es difícil resistir ante ellos, es difícil no sumarse a su juego de tácticas de desprestigio, de exclusión, de rencor... (porque también las llevamos en nuestro corazón), por eso, en este momento en que parece crecer la hostilidad, hemos de pedir con insistencia un corazón que viva sólo de Cristo para poder indicar su presencia.

En esta situación parece ser necesario un cambio de perspectiva. La teología del ministerio ha utilizado expresiones como *alter Christus* o la actual y más adecuada *representatio Christi* para definir la identidad del presbítero. Sin embargo, la mayor parte de la sociedad sigue viéndonos, y nosotros seguimos entendiéndonos demasiadas veces, como *representatio institutionis*. Parece necesario un descentramiento eclesial del ministerio y un recentramiento cristológico en la vivencia de nuestra identidad. No se trata de negar la necesaria comunitariedad, organización en leyes y ritos comunes y obligados... sino de configurar primariamente el ministerio como espacio invitativo al descubrimiento de Cristo como Señor único de la vida. Éste era el centro de la actividad apostólica y no puede hacerse secundario en la vida presbiteral por las preocupaciones institucionales (sean del tipo que sean).

Dios necesita hombres que abran el camino hacia Él desde aquí, siendo uno con su pueblo por carne y por cultura, y siendo distintos por segregación para la misión. Y los hombres necesitan guías que no desistan de anunciar el Evangelio para que en su día puedan entregarse a él, estén hoy en donde estén.

Hoy, Dios y los hombres necesitan mistagogos, presbíteros que sepan experiencialmente de lo que hablan; que sepan las dificultades y debilidades del camino, y la fuerza y el poder de Dios en ellas; que sepan invitar, acompañar, guiar hacia el encuentro con Dios y, por tanto, que sepan enseñar a rezar; que sepan resistir la soledad y la insignificancia sin hacer apaños innobles (aunque no estén mal vistos) para aguantar; que sepan esperar la Hora impacientes por su llegada.

3. UN MINISTERIO EN CUARTO MENGUANTE: El despojo de nuestros poderes.

Si la identidad sacramental con Cristo es un hecho en nuestra vida de presbíteros, sentimos, antes o después, la distancia, la impotencia para transparentarla. Somos indicativos de su presencia convocante, alentadora, apelativa... pero uno de los elementos característicos de nuestra existencia hoy parece ser la conciencia de impotencia para ser quienes somos y es necesario aprender a serlo en un camino kenótico de humildad y anonadamiento. Nos fijaremos en algunos rasgos que manifiestan esta realidad y que podríamos reflexionar.

- Si en algún momento el sacerdote parecía controlar la experiencia de Dios en su comunidad a través de su palabra y de su gestualidad litúrgica, ahora no es extraño el sentimiento de incapacidad para transmitir y ofrecer a Dios como presencia viva. La gracia previa de la fe parece haberse hecho difusa². La desacralización cultural del mundo ha

² ¿Quién no ha sentido la impotencia de hacer sentir a los niños de primera comunión el misterio de la cercanía sacramental de Cristo? Valga esta experiencia como ejemplo.

entrado incluso en la liturgia y de nada vale (por más que algunos se empeñen) en retornar al misterio del latín o a las celebraciones grandilocuentes llenas de gestos casi exclusivamente presbiterales... el problema sigue ahí. Hemos de volver a meditar el misterio de la liturgia, hemos de reaprender su sentido y sus dinámicas propias para poder celebrar con hondura y hacer de ellas espacios donde sea posible (sólo eso) que el hombre reciba al Dios que se da, sabiendo que esto no dependerá en última instancia de nosotros. Vivir y ayudar a celebrar con hondura, a la vez que confiar en que el encuentro es obra de Dios mismo en el corazón de cada persona. Sobran todos los falsos protagonismos (*mi* explicaciones, *mis* gestos, *mi* simpatía..., Jn 15, 5) y las perezosas deserciones que nos atan a una letra litúrgica que nunca convirtió a nadie.

De igual manera, parecemos haber perdido el dominio de la misma comunidad en cuanto tal. Ha aparecido de forma contundente en nuestra experiencia íntima la sensación de no tener una palabra que modele la realidad de la comunidad y el interior de las personas. En ella los cristianos vienen y van, entran y salen más allá de nuestras opiniones y verdades. Parecemos voceros de palabras que se pierden en el viento que no se encarnan. Nuestras palabras parecen no tomar cuerpo en una comunidad como nos gustaría, no son capaces de modelar a las personas, y esto nos afecta ¡y cómo! Habremos de aprender la humildad crística que no obliga con su palabra aunque la sepa de vida o muerte. Habremos de aprender a ser espacios de hospitalidad en comunidades fluctuantes, vinculados a pocos cristianos que las forman concretamente, y seguir con los que se deciden a seguir sin coacciones (ni siquiera sutiles) (Jn 6, 66ss). El presbítero tiene como una de sus tareas la construcción del cuerpo de Cristo como cuerpo social y no sólo espiritual o eucarístico, pero por el momento éste parece que se manifestará como cuerpo herido y bastante desmembrado.

- Ni dueños de la fe de los otros, ni de su eclesialidad... ni siquiera de nuestro propio testimonio. Nuestra historia nos despoja de aquella pretensión de ser ejemplares (“únicos”), de ser testigos para todos... de ser transparencia de Cristo. Sólo hay que caminar un poco en el ministerio para terminar sentados con Pedro diciendo: *Tú lo sabes todo* (Jn 21, 17). Si esto es así, convendrá revisar nuestra forma de hablar del ministerio y acrecentar cada vez más la convicción práctica de que la santidad se reparte entre los fieles. La misión del presbítero no es la preocupación por su santidad ejemplar, sino por el descubrimiento de la santidad de Dios que se reparte por el mundo, apuntar a ella y ofrecerla como camino común.

- Por último, si bien es verdad que el ministerio parece que socialmente tiene aún un halo sacral, hemos de decir que la mayor parte de las veces es una sacralidad a-cristiana la que se proyecta sobre nosotros. Parece robársenos de nuestra presencia social la *representatio Christi* para vestimos con una *representatio dei diffusi* que debe repartir bendiciones, misas, oraciones... *mas acá* de la palabra evangélica que nos define. Pareceríamos haber perdido la capacidad de definir la mirada de la gente sobre nosotros con el sesgo del sacerdocio no sacerdotal del mismo Cristo. Y aquí debemos pensar si no nos estamos *con-formando* en exceso con el mundo y renunciando a definir nuestro sacerdocio por la palabra evangélica reduciéndolo a una sacralidad sacramental a-evangélica³.

³ Los obispos alemanes -según cita E. Bianchi- hace no mucho auspiciaban una “espiritualidad del decir no” para poder decir un *sí* mayor y más decisivo. La afirmación se puede aplicar a muchos campos de la vida ministerial y en este de la relación sacramental con el pueblo de Dios parece obligado. Quizá sintamos que privaríamos a los más alejados de lo poco que pueden recibir de Dios, quizá nos sintiéramos poco religiosos, pero no es la primera vez que seríamos y nos definirían como *ateos de estos dioses paganos de la ciudad*.

Apuntan estos cuatro elementos a la necesidad de recomponer la figura del presbítero en este nuevo momento evangelizador. Si en los grandes momentos de reforma de la iglesia algunos sacramentos han sido refigurados, parecemos estar en un momento clave para que todas las experiencias y reflexiones sobre el sacramento del orden, realizadas en el siglo vivido, den de sí. Y esto nos sólo de forma normativa institucional, sino desde una nueva forma de vivir que vayamos creando.

4. UN MINISTERIO PROFÉTICO-SACRAMENTAL: Mistagogos del Evangelio.

En este contexto externo e interno de la vida del presbítero parecería necesario apuntar algunas opciones que deben ser meditadas, dialogadas, alentadas por los encuentros del presbiterio en todas sus formas (desde las reuniones de amigos hasta las reuniones arciprestales o de formación). Presentamos algunas de ellas sin afán de exclusividad, pero que nos parecen especialmente significativas.

- *Hay que hablar de Dios y ayudar a dirigir la mirada hacia Él.* Podemos y sabemos hablar de muchas cosas los curas, pero lo nuestro es predicar el Evangelio, ofrecer una palabra que invite a confiarse a Dios. Hace poco escribía E. Bianchi: *Sin la Palabra de Dios no sois nada en la Iglesia, no tenéis nada que decir a la Iglesia, todo vuestro empeño no sirve de nada.* Esto supone que tenemos que hablar de Dios desde su misma Palabra, en servicio a su Palabra. Tenemos que escuchar lo que tantas veces no se atreven a decirnos los laicos: que lo que decimos no tiene vida, no tiene nada que ver con la Palabra de Dios que ni siquiera nos hemos molestado por comprender, que no está preparado, que son vulgaridades y no les sirven ni para pensar ni para rezar. No todo es así, gracias a Dios, pero ¿nuestras homilías y conversaciones con la gente tienen densidad evangélica, orante, mistagógica...? ¿Nuestras homilías hacen rezar? ¿Las conversaciones con los laicos les ponen delante de ideas o de Dios? Cada uno tendrá que mirarse no en el espejo, sino en la palabra de Cristo.

- Esto requiere, y es otro gran reto, *acrecentar nuestra sensibilidad creyente.* Trabajar nuestros ojos, nuestros oídos, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos... para descubrir la presencia de Dios y de su Espíritu que se mueve entre las gentes. Jesús la sabía ver en los gestos cotidianos que después utilizaba en sus parábolas; en los creyentes sencillos que después ponía como ejemplo; en los hombres que buscaban aunque estuvieran fuera de las fronteras del pueblo elegido alabando su fe e invitando a todos a buscar con ese coraje. Su mirada atravesada por el amor de Dios se convertía luego en palabra que hablaba desde abajo, desde el suelo mismo por el que hombres y mujeres caminamos. Allí se manifestaba Dios. Esto supone que el ministerio que lo representa como cabeza de la comunidad no habla desde realidades extrañas a la vida, que no existen aún, sino desde la convicción creyente y experimentada de que Dios es concreto en muchos detalles de la vida, en muchas personas, en muchos movimientos... (Mt 16, 1-4). Predicamos un Dios que ya está y que quiere llevar todo a plenitud desde dentro. Nada de esto puede realizarse sin una vida de oración apostólica fuerte, nutrida de la mirada lúcida y evangélica sobre el mundo, de la preocupación misionera y de la confianza de que nuestros pasos son precedidos por el Espíritu del Señor. Una oración que se da tiempo para ser verdadera y que se alimenta fundamentalmente no de prácticas devocionales, sino de la meditación asidua de la Palabra de Dios.

- Pasamos así a un aspecto importante: *el recogimiento*. No tenemos que hacerlo todo, sólo lo que podamos después de haber meditado (en oración y estudio) cuál es lo fundamental y cómo hacerlo. Si no hacemos esto segundo nos agotaremos como Marta sin saber qué es lo que nos pide el Señor (Lc 10, 38-42). Quizá haya que decir también que alguna que otra vez nuestras carreras y actividades aceleradas sólo buscan ocultar nuestra insatisfacción, nuestro vacío... y ocultarnos de Dios y de nosotros mismos. Y también habrá que decir, sin acusaciones anatematizantes, que algunas cosas de las que llenan nuestro tiempo lo hacen en exceso y con una gran capacidad de hacernos *perder* el tiempo y la misión.

El recogimiento es ascesis de actividades, de relaciones, de sonidos, de imágenes, de *hobbys*... para centrarnos en nosotros mismos y en Dios, en su palabra y en nuestra misión, en el estudio pastoral y en el discernimiento orante. A Jesús no le importó separar a sus discípulos de la gente habitualmente... ¿nadie creerá que tenemos más celo pastoral que él?

- *La hospitalidad* es otro de los elementos claves para la representación de Cristo pastor hoy. Nuestra sociedad se ha hecho cada vez más individualista, no nos resulta fácil escucharnos y acogernos, ni siquiera en el interior de las familias. Muchos sienten la soledad pegada a su corazón, los problemas de autoestima se extienden lo mismo que las patologías psíquicas... Pocos se atreven a mostrar sus heridas y debilidades que, sin embargo, necesitan ser al menos acogidas. Escuchar, aceptar, comprender, dar un puesto a nuestro lado y en la mesa eucarística que haga que cada uno se reconozca querido por un Dios que tiene sitio para él en el mundo... Ésta parece ser una actividad que debe hacerse central en la vida del presbítero. Se trata de acoger y dedicar tiempo a los incómodos, a los que no son rentables, a los que aburren, hacen “perder el tiempo”, complican... Da igual si la gente -incluso los justos- no saben comprender por qué comemos con un pecador, por qué hablamos con esa mujer, por qué dedicamos tanto tiempo a hablar (¿es que nos gusta el cotilleo o la cháchara?) Da igual siempre que el motivo sea que Dios se manifieste en el mundo como es (otros motivos serían discutibles). Así, dejándonos impregnar del corazón acogedor de Cristo se puede ser cabeza de su cuerpo sacramental, de otra forma seremos jefes, administradores, déspotas ilustrados... o cosas peores.

- Por último, dos dimensiones a cuidar: *la confianza eclesial* y *la delicadeza sacramental*. La primera supone reconciliarnos nosotros mismos con la institución eclesial (romana y diocesana), aceptar su ambigüedad, incluso su pecado, y descubrir cómo también la administración está atravesada por la presencia de Dios. Es verdad que cargamos con el peso de una historia, lejana y cercana, que puede ser echada en cara como anti-evangélica con razones ciertas, pero es verdad también que hemos sido traídos a la fe en volandas por ella (“como en alas de águila”, Ex 19, 4) y lo mismo podría decirse con su aportación a la sociedad, tal y como la vivimos. Por otro lado, que nadie se engañe, acaso nuestra propia vida es distinta. La otra parte de esta confianza es aprender a vivir en comunidad comprendiendo que el Señor nos llama a manifestarle juntos, y que sólo juntos podemos vivirle, recibirle y servirle. Que sólo juntos somos los que estamos llamados a ser, *sacramento de la íntima unidad del género humano* (LG 1). De esta convicción dependerá que nuestra acción pastoral busque la construcción de una familia de fe o que ofrezca gestos (devocionales o sacramentales) para el consumo individual que pueden incluso desmembrar el cuerpo del Señor.

La segunda de estas últimas dimensiones es *la delicadeza sacramental* que consiste en celebrar los misterios de la fe de forma orante, comprendiendo su dinámica interna y

adaptando a ella los formas gestuales, vocales... que ayuden a la asamblea litúrgica en su encuentro con el Señor, que lo ayuden a sentir cómo su vida está envuelta por la presencia de Dios que la bendice y la llama al testimonio de su entrega. Hay que afrontar el tema de nuestra forma de hablar, de movernos, de colocar los objetos, de la preparación previa incluso del misal y las vinajeras... También el tema de los tiempos de silencio, las oraciones concretas, la participación de la asamblea con sus preocupaciones y sus cantos... Sería necesario que diferenciáramos entre presidir la liturgia y ordenarla, dirigirla y configurarla en todo según nuestros esquemas y gustos. La delicadeza sacramental es respeto, afecto y buen trato de los sacramentos. De igual forma, respeto, afecto y buen trato por la asamblea celebrante. Esta delicadeza requiere educar a la comunidad y no cargarla con explicaciones continuas en la liturgia que sólo la hacen pensar en vez de rezar, o con ritos barrocos que la hacen contemplar el espectáculo de un cura preciosista que tiene mucha unción, pero evita pensar si la asamblea es sujeto activo en esos gestos como debe serlo en la liturgia.

Nada más. La reflexión no termina, queda abierta. Hay tanto que decir y quizá ni siquiera era esto lo más importante. O tal vez sí.

Publicado en: *Surge* 645 (2008) 43-56.